

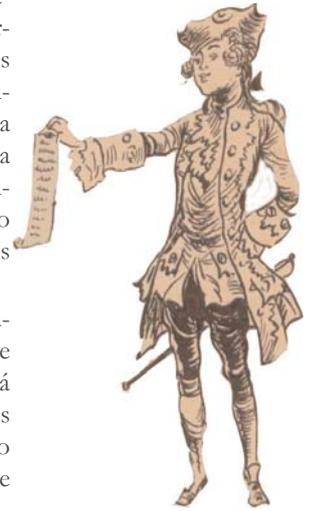
ALDUS MANUTIUS

THE GREEK CLASSICS (edited and translated by N. G. Wilson),

The I Tatti Renaissance Library, vol. 70, 78, Cambridge-London, Harvard University Press, 2016-2017.

HUMANISM AND THE LATIN CLASSICS (edited and translated by John N. Grant),

En dos volúmenes compactos, esos *enchiridia*, que recuerdan aquel formato que Aldo Manuzio puso en circulación por primera vez en abril de 1501 para ofrecer a los lectores un Virgilio que les cupiera en una mano, se nos ofrecen ahora, sujetos al nombre de la villa florentina que acoge al Harvard Center for Italian Renaissance Studies, todos los prólogos correspondientes a las ediciones de autores grecolatinos de la antigüedad clásica y a las obras de una decena de humanistas europeos que Aldo publicó entre marzo de 1495 y enero de 1515. La *Gramática* de Constantino Láscaris y una segunda edición del *De rerum natura* de Lucrecio abren y cierran respectivamente el listado de esta entregada labor editorial producida en Venecia durante dos décadas. Quinientos años después, N. G. Wilson y John N. Grant recuperan para el lector actual, menos familiarizado con el latín que los humanistas contemporáneos de Aldo, lo que Aldo quiso poner al frente de cada una de estas ediciones para que, leídas juntas en una accesible versión en inglés paralela a la latina, -existía ya traducción italiana de Giovanni Orlandi (1975), hoy difícil de encontrar- alcancemos a comprender que los prólogos de aquel editor magnífico constituyen un discurso sostenido en defensa de la literatura clásica y revelan una responsabilidad plenamente consciente por preservarla del modo más respetuoso posible con la redacción original de los textos. Entusiasmo, pues, por rescatar las mejores voces griegas y latinas de la Antigüedad, pero erudición y filología al servicio de la empresa, como Aldo no se cansa de recordar cada vez que presenta una de sus ediciones como la más acabada o la más justa con la herencia textual del autor publicado hasta la fecha: «pues yo he procurado hacer el mayor esfuerzo posible para asegurar que mis textos impresos son, en el peor de los casos, más correctos que los manuscritos».



El hábito de presentar cada una de sus ediciones no fue una ocurrencia casual del editor. Desde la publicación del *Organon* de Aristóteles en 1495, Aldo Manuzio empieza a madurar lo que acabará siendo la expresión de un programa de acogida de estas letras antiguas en las que se combinan hábilmente el patronazgo con el compromiso de poner en manos del lector una sabiduría venerable que no merece quedarse en el olvido:

Yo juzgo como un valor el hecho de acompañar todos los volúmenes que acabemos dando a la imprenta [...] con la protección de un prólogo que sirva como un escudo, e igualmente el hecho de que vayan dedicados a hombres distinguidos bien por su sabiduría o por su condición, cuando no por ambas virtudes, de modo que estos libros lleguen a las manos del público cargados de mayor autoridad [prólogo a Julio Fírmico, 1499].

La autoridad alegada halla en los prólogos su mejor aval porque Aldo es explícito en la mención de un grupo de eruditos que han sido responsables de leer y corregir, de afinar el texto con métodos filológicos, de buscar otros testimonios manuscritos que resuelven lecturas dudosas o que recuperan fragmentos ausentes de la tradición textual conocida. Esa aproximación científica a los clásicos con el apoyo de humanistas contemporáneos alcanzó también a las ediciones aldinas de autores griegos. Demetrio Ducas supervisó el volumen dedicado a retórica de 1508 y los *Moralia* de Plutarco, un año después; Juan Gregoropoulos fue el editor -en ese sentido especializado que gobierna una edición con criterios filológicos- tanto de Sófocles (1502) como de Eurípides (1503). Pero, sobre todo, Aldo contó con los servicios de Marco Musuro, posiblemente el mejor filólogo

griego de su tiempo, que se aplicó a fijar el texto de las ediciones de Aristófanes (1498), el volumen de epistolografía griega (1499), y en el mismo año de 1513, las ediciones de Platón y Alejandro de Afrodisia. En el caso de los autores latinos, Aldo Manuzio recurrió también a los servicios de un grupo de eruditos entre los que destacó la labor de Andrea Navagero en la fijación del texto de Quintiliano y Virgilio (ambos en 1514) y el Lucrecio de 1515, la última edición que completaría nuestro impresor, un «Lucretium pleniorum» que mejoraba el texto que quince años antes había preparado con la ayuda de Girolamo Avanzi. Entre uno y otro, Giovanni Giocondo se ocupó de Plinio (1508), César y Nonnio Marcelo, ambos en 1513, un año especialmente prolífico en la imprenta de Aldo. De todos y cada uno se hace memoria en los prólogos al tiempo que se insiste en que, gracias a esta academia de eruditos en la lengua griega y latina, lo que llega a manos del lector es el mejor texto de un autor clásico que ha circulado hasta la fecha.

Advierte John H. Grant que el prestigio de Aldo Manuzio, aireado como una estrategia comercial por él mismo al frente de sus libros, tuvo también alguna consecuencia menos benigna de lo que cabría suponer. Y que fue precisamente el éxito de su propaganda el culpable de un crédito que contribuyó a perpetuar algunas lecciones erróneas que resistieron reimpresión tras reimpresión sin verse rebatidas durante tres siglos de absoluta confianza. Pero es igualmente cierto que, hasta el momento de su publicación, las ediciones de

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXV, NÚM. 87 (ENERO - ABRIL, 2019)

NIPO: 046-19-007-9 · DEPÓSITO LEGAL: M-1496-1996

Aldo supusieron siempre una mejora con respecto a las precedentes y su método de fijación textual, pendiente del rescate de nuevos testimonios y sometido a la labor de especialistas, acabó siendo una marca de la casa y extendiendo a su propia competencia la responsabilidad de devolver a los clásicos su «*pristinum candorem*», un esplendor en el que Aldo llegó a implicarse no pocas veces gracias a su buena formación humanística. Y algo verdaderamente notable: ofreció al lector la posibilidad de ejercer una lectura crítica facilitándole las herramientas para obrar como un auténtico editor que se implica en la fijación del texto:

En esta empresa [emendar ciertos versos de Catulo y reponer otros ausentes en ediciones previas] conté con la ayuda de Girolamo Avanzi de Verona [...] Juntos él y yo, nos aplicamos con la mayor diligencia al mismo fin mientras duró la impresión del libro. De aquellos pasajes marcados con un asterisco hicimos una nueva impresión al final de la obra que incluye variantes, de manera que nuestros lectores más instruidos puedan ejercitar su buen juicio eligiendo la lectura que les parece mejor. [Prólogo a Catulo, Tibulo y Propertio, enero de 1502].

La incorporación activa del lector al texto fue una manera adicional de despertar el interés filológico de los compradores, cuando no una sutil manera de incorporar sensibilidades más o menos apasionadas por las letras clásicas a la ilusión de militar entre un grupo selecto de entendidos en literatura grecolatina. Pero no fue la única estrategia comercial que estos prólogos reunidos permiten apreciar. La innovación en la fundición de tipos que logró con la ayuda de Francesco da Bologna, más conocido por Francesco Griffio, le permitió apartarse del modelo de lettería mayúscula que, para las ediciones en lengua griega, era de rigor desde que en la década de 1490 Jano Láscaris, desde Florencia, hubiera recurrido a esa solución, inspirada en las inscripciones antiguas. Aldo optó por una grafía que recordaba a la de la escritura de sus contemporáneos, esa cursiva de factura minúscula que hoy seguimos empleando. Y, en consonancia con el tamaño de la nueva fuente, dio con un formato también reducido que cinco siglos después, sigue distinguiendo las colecciones de bolsillo cuyo primer propósito es la lectura -y el transporte cómodo para seguir leyendo en todas partes- frente a intereses menos implicados con la letra, es decir, con el contenido para satisfacer valores preferiblemente comprometidos con la representación. Un hallazgo tan perdurable dejó un recuerdo más bien tímido en el prólogo a las obras de Virgilio, el autor elegido para el ensayo en la primavera de 1501. Pero, a diferencia de otros prólogos dirigidos a un particular, Aldo supo prever que el nuevo formato debía ofrecerse a «*studiosis omnibus*». Eso y no resignarse a ser flor de un día: «Es nuestra intención publicar de ahora en adelante a todos los mejores autores en este mismo formato». Su propósito resultó tan feliz que seguimos leyendo a los clásicos como Aldo quiso que los leyéramos, igual que quien lleva un devocionario entre las manos capaz de hallar acomodo en un bolsillo en horas de holgar.

El rigor filológico que defiende en sus prólogos como una manera de prestigiar el proceso que ha gobernado la edición, el formato manejable de los libros, en octavo, la claridad de su fuente tipográfica a la que pronto le salieron imitadores por toda Europa, la búsqueda de interlocutores concretos para apadrinar sus ediciones -nobles, papas y próceres locales- pero también el reclamo a ese grupo genérico de «*studiosi litterarum bonarum*» que reclama la atención de la academia y la deseable difusión escolar de los textos, son estrategias comerciales diseminadas por los prólogos. Y a ellas debe sumarse también la marca comercial que distinguió su mercancía, el ancla y el delfín, que son un emblema conscientemente buscado para ilustrar el principio del *Festina lente*: la velocidad del delfín y su energía infatigable con la que trabajaba la casa editorial, unida a la concienzuda tarea, forzosamente lenta, de publicar textos fiables, libres de deturpaciones y erratas.

El conjunto de prólogos escritos por Aldo se completa en los dos volúmenes con sendas secciones de «Appendices», una selección de textos variopintos que abarca desde prefacios, epístolas y advertencias al lector, hasta poemas, epigramas y un elogio de nuestro editor a cargo de Giambattista Egnazio. Todos estos textos guardan relación con el trabajo como impresor de Aldo Manuzio y sirven para completar el panorama editorial desarrollado en Italia en la última década del siglo XV y las dos primeras del XVI. Algunos de estos testimonios ya habían sido publicados por Orlandi en su *Aldo Manuzio editore: dediche, prefazioni, note ai testi* (Milano, Il Polifilo, 1975), pero hay un buen número de ellos que, traducidos al inglés, ven por primera vez la luz.

Más de ciento treinta ediciones de textos griegos, latinos y vernáculos comprende el legado editorial de Aldo Manuzio. Leer los prólogos que compuso para presentar la obra de determinados autores o para difundir diccionarios y gramáticas del griego y del latín, publicados como parte complementaria de un programa cultural que se imponía el conocimiento y la asimilación de la cultura escrita de la antigüedad clásica como un deber que no admitía descuidos ni demoras, nos permite reconstruir tanto los afanes de Aldo por difundir el legado literario grecolatino como el pensamiento renacentista sobre la mejor manera de hacerlo, que fue privilegiando las herramientas filológicas que garantizaban esa diestra aproximación a la cultura clásica. Reflejo de un hombre pero también de una época, la lectura de los prólogos de Aldo Manuzio hace urgente la vindicación del elogio que Giambattista Egnacio dejó escrito a la muerte del editor: «*neque enim ulla tam barbara, tam remota gens hodie Europae finibus includitur cui non notissimum Aldi nomen ac celeberrimum fuerit*». Confiemos en que la Europa de hoy no merezca la consideración de pueblo bárbaro por haber olvidado el nombre y la labor de Aldo Manuzio. Al menos estos dos volúmenes contribuyen a paliar la posible incuria de olvidar cuánto debemos a quien nos puso entre las manos, por primera vez, todo el peso de los clásicos con la mayor ligereza.